

Luigi de Rosa y la Historia Española

LUIS MIGUEL ENCISO RECIO
Real Academia de la Historia

Luigi de Rosa fue un historiador de cuerpo entero –por decirlo con palabras de L. Febvre, *a part entière*–, leal a su solar de origen, a su país, al Mezzogiorno, en fin, al Mediterráneo.

I

No era frecuente en su época de juventud o madurez, y menos lo es hoy, encontrar un intelectual al servicio de la Historia tan completo como el maestro de Rosa. Dominaba como pocos la metodología y las técnicas de investigación, y de su contacto con los archivos, los textos, los libros u otros vestigios derivaba siempre una erudición exigentemente seleccionada y un aroma de lógica interpretativa y de fiesta intelectual y humana destinados a desembocar en una obra histórica viva y fértilmente renovadora.

De Rosa conocía muy bien, como se ha demostrado en numerosos Congresos, el complejo instrumental de la Historia económica, tan avasalladoramente evolucionada en los últimos años, pero él no era sólo un especialista de alta calidad. El lenguaje cualitativo y los datos cifrados, los vaivenes de la economía agraria, el intercambio comercial o la industria, las venturas y desventuras de las finanzas y la Hacienda estaban asociadas a las grandes claves explicativas del proceso histórico en general.

En nuestras colaboraciones de los últimos veinticinco años no recuerdo que el maestro experimentara el desdén, la lejanía conceptual o el desconocimiento de los mensajes esenciales del problema de que se tratara. Le interesaba con pasión la historia del poder, del Estado, de la actividad política o las relaciones internacionales; le atraían, de igual modo, las estructuras o la dinámica social, las oscilaciones de la demografía, los ecos, siempre misteriosos, del arte, la literatura o la ciencia, el elevado Everest de la filosofía o las suaves colinas de la vida diaria y de las grandes personalidades en la configuración de las realidades históricas. El Renacimiento o la Ilustración, el capitalismo, los conflictos y las revoluciones, los lejanos enigmas de la Antigüedad o el Medioevo y los inquietantes desafíos del comienzo del milenio eran para su poderoso talento y su generosa condición una senda frondosa pero asequible al esfuerzo del conocimiento y atractiva para el gozo derivado de la emoción.

Fecha de recepción del original: octubre 2006. Versión definitiva: marzo 2007
Dirección para correspondencia: c/ O'Donnell, nº 3, 6º 2. 28008, Madrid

La rica y ascensional arquitectura de su abundantísima bibliografía, el espejo de sabiduría de su biblioteca de la casa de Marechiaro, por citar dos puntos esenciales de referencia, dan pistas para explicar las excepcionales cualidades del profesor de Rosa como historiador y, si me permiten decirlo así, humanista.

Hacía un permanente homenaje a la palabra, y la utilizaba con la técnica del experto en economía u otros campos del quehacer historiográfico y la luminosa claridad derivada del don de síntesis y la capacidad de comunicación. Escribía con idéntica propiedad cuando se ocupaba de intrincadas cuestiones financieras o conceptuales o de temas asequibles al estudiante o al gran público. Encendía el lenguaje con la inspiración, pero también sabía atemperarlo con la sobriedad y la precisión.

De Rosa fue un italiano de su Nápoles natal y del Mezzogiorno.

Nadie podrá negar al fallecido profesor la condición de ciudadano ejemplar. Como tantos otros hombres italianos de nuestro tiempo, confió en los valores de la sociedad civil y de la libertad, aunque las circunstancias que vivió su país lo empujaron, a veces, hacia el desencanto y la preocupación. De Rosa llegó a desempeñar cargos de importancia, en la esfera territorial o nacional, de la enseñanza universitaria y de gestión de las instituciones dedicadas a la investigación histórico-económica. He aquí algunas referencias fundamentales: director del Istituto di Storia Economica en Bari y Nápoles, Decano de varias Facultades de Economía, componente del Comitato per le Scienze economiche, statistiche e sociologiche del Consiglio Nazionale delle Ricerche e membro del Consiglio di Presidenza del CNR, Presidente della Società degli Storici Italiani, Miembro del Consiglio Nazionale Universitario, Presidente del Consiglio scientifico dell'Istituto di Ricerche sull'Economia Mediterranea del CNR, Miembro del Consiglio Nazionale della Ciencia e la Tecnologia, Presidente del Comitato técnico-científico per la Programmazione presso il Ministero del Bilancio e della Programmazione, Miembro del Consiglio scientifico dell'Istituto per le Ricerche sull'Impresa e lo Sviluppo (CERIS) del CNR.

Su lealtad a Italia se hizo siempre compatible con la honda vinculación al Mezzogiorno y sus problemas históricos y actuales, nunca resueltos de modo definitivo. “La «questione meridionale», escribió una vez, “non nacque con l'unificazione política dell'Italia; essa affonda le sue radici dentro la storia del Mezzogiorno, e in complesso coacervo di fattori che vanno ben al di là del comportamento dei meridionali”¹. Muy poco antes de morir dio testimonio de esta esencial preocupación en su valiente y luminoso libro *La provincia subordinata. Saggio sulla questione meridionale*².

¹ VVAA, *Il Mezzogiorno agli inizi del 600*, Roma, Laterza, 1994, p. V.

² L. DE ROSA, *La provincia subordinata. Saggio sulla questione meridionale*, Roma-Bari, Laterza, 2004.

Las raíces de su admiración y amor a España y a la historia española tenían una sólida base, y se fundamentaban, principal aunque no únicamente, en su condición de napolitano. Refiriéndose a los sólidos lazos, entreverados de magia, de Nápoles y la Monarquía Hispánica, dijo en una memorable ocasión: “I punti communi sono tantissimi. Il Regno di Napoli fu parte integrante dell’Impero spagnolo fino agli inizi del Settecento; fu coinvolto nelle guerre di sucessione al trono de Madrid e ne ricavò il quasi trentennale governo austriaco; tornò ad avere stretti legami con Madrid dopo che Carlo di Borbone salì sul trono di Napoli, e stretti rapporti continuarono a sussistere quando Carlo passò sul trono di Spagna, con il nome di Carlo III”³.

Contrariamente a lo que opinaran algunos historiadores nacionalistas italianos de la era del *Risorgimento* o posteriores, de Rosa creía ver, sabía ver, no pocas virtudes en la etapa de inserción del Reino de Nápoles en la Monarquía de España. El interés de los historiadores españoles por Nápoles, parejo al de los historiadores italianos por España, ha ido creciendo en los últimos veinticinco años, y ha desembocado en perspectivas muy distintas a las que Romolo Quazza, por citar un nombre, brindaba en *La preponderanza spagnola*. Paso a paso, como afirmara Galasso en su excelente *Introduzione* al libro *Nel sistema imperiale. L’Italia spagnola*⁴, se va interpretando “el Impero spagnolo come sistema di interdipendenze, come un insieme di suoli e funzioni svolte dalle singole parti della più importante realtà geopolitica dell’epoca”⁵.

Por lo demás, en la mente y en el espíritu de Luigi de Rosa la relación de Nápoles y, en general, Italia con España no podía contemplarse sólo con argumentos históricos. La sólida madeja que ha unido a los dos países y a los dos pueblos y, sobre todo, a muchas personas de ambas naciones, vigente a través de los siglos, se apoya en razones lógicas, pero, además y especialmente, en motivos que anidan en la imaginación y la emoción, en las sorprendentes riberas que asocian lo real a lo mágico y proporcionan una imagen más cabal y plena, como la que deriva, por ejemplo, de la creación artística o literaria, de la sublime intuición que confina con la verdad.

De Rosa fue, también, un habitante más, pero sabio y prominente, del Mediterráneo, ese «complejo de mares» cortadas por islas, y de mares, además salpicados de penínsulas, como afirmara Braudel, de “vida...mezclada a la tierra, de ...poesía..., el mar de los olivos y los viñedos, tanto como el de los estrechos barcos de remos o los navíos reducidos de los mercaderes”, mar cuya “historia no puede separarse del

³ L. DE ROSA-L. M. ENCISO (dirs.), *Spagna e Mezzogiorno d’Italia nell’Età della transizione. Stato, Finanza ed Economia (1650-1750)*, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane, 1997, I, Introduzione, p. 8.

⁴ Coordinado por A. MUSI, *Nel sistema imperiale. L’Italia spagnola*, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane, 1994.

⁵ G. GALASSO, *Alla periferia dell’Impero. Il Regno di Napoli nel periodo spagnolo (secoli XVI-XVII)*, Torino, 1994, p. 43.

mundo terrestre que lo envuelve, como la arcilla que se pega a las manos del artesano que la modela”⁶.

Italiano, napolitano, mediterráneo, Luigi de Rosa envolvió su vida y su obra con aires de universalidad, y encontró un lugar intelectual en el Reino Unido y muchos otros países de Europa, en los Estados Unidos y en Iberoamérica, en el ideal paisaje que se configura a través del conocimiento de las lenguas inglesa, española o francesa. Fue también, obvio es decirlo, un gran viajero, curioso hacia las particularidades del Norte y las del Sur, de las de toda Europa y América, las de la lejana China y el dinámico Japón.

II

Mi colaboración científica con el profesor Luigi de Rosa se remonta a los años 80. Nos conocimos, lo recuerdo muy bien, en un simposio sobre *Felipe V y su época*, organizado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Madrid. Nuestras primeras conversaciones las propició el inolvidable Felipe Ruiz Martín, por entonces embajador “honorario” de la Historia española en Italia, y singularmente, en las Semanas de Prato, que capitaneaban dos maestros excepcionales: F. Braudel y Federigo Melis.

Con posterioridad, nuestros equipos se asociaron para organizar los Seminarios de Historia Moderna en la Universidad de Valladolid⁷, felizmente proseguidos

⁶ F. BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México-Buenos Aires, pp. XIII-XIV.

⁷ “Desde 1988, con la única excepción del año 1993”, ha escrito Luis Ribot, “todas las primeras semanas de julio han venido celebrándose, en la Universidad de Valladolid, seminarios de estudios dedicados a la historia de España e Italia durante la Edad Moderna. Tal iniciativa ha sido fruto de la colaboración entre el Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, el Área de Historia Moderna, y desde 1995, el Instituto de Historia «Simancas» de la Universidad de Valladolid. La idea de los profesores Luigi de Rosa y Luis Miguel Enciso se consolidó, después de una breve experiencia, bajo la dirección del propio de Rosa y el profesor Luis Ribot.

“Los tres primeros años”, explica Ribot, “fueron dedicados al siglo XVIII, con temas como «La Iglesia española en el siglo XVIII» (1988), «La burguesía española en el siglo XVIII» (1989) o «Reformismo español y reformismo italiano en el siglo XVIII» (1990). A partir de este último, con la ampliación de los problemas a tratar al ámbito de la historia de Italia, comenzaron a venir como ponentes destacados profesores italianos. Los tres seminarios siguientes se centraron en el estudio de la Monarquía de los Austrias y la expansión americana. Sus títulos fueron respectivamente: «La Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)» (1991), «España y América en la época moderna» (1992) y «Los Reyes Católicos y los orígenes del Imperio» (1994). En 1995 [se inició] un nuevo ciclo dedicado a temas de carácter más monográfico, cuyos contenidos, añadiría yo, “dieron origen a sucesivas publicaciones”. He aquí los títulos: «Ciudad y mundo urbano en la época moderna», «Industria y época moderna», «Pensamiento y política económica en la época moderna», «Trabajo y ocio en la época moderna» y «Naves, puertos e itinerarios marítimos en la época moderna». Véase Luis Ribot, “Los Seminarios del Istituto Italiano per gli Studi Filosofici y la Universidad de Valladolid”, en L. RIBOT-L. DE ROSA, *Ciudad y mundo urbano en la época moderna*, Madrid, Actas-Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 1997, p. 9.

por el propio de Rosa y el prof. Luis Ribot, italianista de excepción⁸, y el gran Congreso sobre *L'età della Transizione (1650-1750)*, cuyas sesiones se desarrollaron en el Istituto per gli Studi Filosofici de Nápoles, en 1997.

Además, de Rosa asistió a numerosos simposios o congresos impulsados por mis colaboradores o por mí, en Lisboa, Roma o Setúbal y en diversos lugares de España. Merecen recordarse, en especial, el simposio sobre *Revueeltas y alzamientos en la España de Felipe II* (cursos de la Universidad Complutense en El Escorial, 1988) y los congresos sobre *Carlos III y su siglo* (Universidad Complutense de Madrid, 1988), *La burguesía española en la Edad Moderna* (Universidad Complutense de Madrid, 1991), *El Tratado de Tordesillas y su época* (V Centenario del Tratado de Tordesillas, Setúbal, Salamanca y Tordesillas, 1995), *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI* (Sociedad Lisboa 98, Lisboa, 1998), *Calderón y la España del Barroco* (Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, Madrid, 2001), *El Reino de Nápoles y la Monarquía de España* (Real Academia de España en Roma y Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Roma, 2004) y *El comercio europeo y los hombres de negocios castellanos en tiempos de Isabel la Católica* (Burgos, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Universidad de Cónsules, 2004).

Un comentario sobre el bagaje de ideas, informaciones o interpretaciones proporcionados por Luigi de Rosa en las citas científicas aludidas excede la naturaleza de mi valoración, aunque quisiera poner el acento sólo en algunas cuestiones de interés.

La primera se refiere a las “tendenze economiche e commerciali nel Mediterraneo a fines del siglo XV”.

“El Mediterráneo”, describe expresivamente de Rosa, ha “sempre costituito nei secoli una struttura di civiltà, un canale attraverso il quale sono state trasmesse tecniche di navigazione, cognizione di rotte marittime, tipi e forme di attività, prodotti e tecniche produttive, competenze e iniziative, istituti, comportamenti e modelli di consumi, conoscenze, mentalità e ideali. Si è trattato di un sistema funzionale e dinamico, che a inciso sul processo storico delle genti che vi erano coinvolte, e ha difuso procedure e meccanismi di sviluppo, senza cancellare del tutto le caratteristiche della singola civiltà”.

⁸ La importancia científica de los seminarios queda plasmada en los siguientes volúmenes: L. RIBOT-L. DE ROSA (dirs.), *Ciudad y mundo urbano en la época moderna*, Madrid, Actas-Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 1997; L. RIBOT y L. DE ROSA (dirs.), *Industria y época moderna*, Madrid, Actas-Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2000; L. RIBOT y L. DE ROSA (dirs.), *Pensamiento y política económica en la época moderna*, Madrid, Actas-Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2000; L. RIBOT y L. DE ROSA (dirs.), *Trabajo y ocio en la época moderna*, Madrid, Actas-Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2001; L. RIBOT y L. DE ROSA (dirs.), *Naves, puertos e itinerarios marítimos en la época moderna*, 2003. El profesor de Rosa presentó, en los seminarios antes citados, diversas ponencias.

Todo este formidable conjunto de elementos cuajó en serias transformaciones entre los siglos XII y XV. Papeles esenciales en las mismas, a juicio del prof. De Rosa, correspondieron a Génova, Venecia, Marsella, Barcelona, Valencia y Málaga. Factores a considerar fueron también las acciones de piratería en las costas de las ciudades italianas y de España, los conflictos entre Venecia y los turcos y el protagonismo posterior veneciano, la conexión genovesa con España y Portugal y África y el Atlántico. Capítulo de singular relieve fueron también la presencia de Venecia en el espacio alemán y el alza de Ragusa. El comercio de los italianos llegó, por último, con mayor o menor fortuna, siempre con la sombra de los turcos o con su colaboración, a Moldavia, Valaquia, Transilvania y Hungría⁹.

El contrapunto del comercio mediterráneo a fines del siglo XV era el comercio atlántico y de Rosa dedicó a la cuestión páginas modélicas. “La inquietud y el impulso a la expansión”, escribió, “que estuvieron en la base del Tratado de Tordesillas, no hubieran sido sentidos por Europa de un modo tan fuerte si no hubiera existido los grandes progresos llevados a cabo por la navegación en la segunda mitad del siglo XV. En ese arco de tiempo radio, frecuencia, consistencia, dirección y autonomía de la navegación fuera del Mediterráneo cambiaron profundamente”¹⁰.

Tras describir, con voluntad de síntesis, los progresos aludidos, analiza los rasgos esenciales del radio de acción, la consistencia, la dirección y autonomía de navegación practicada en el Atlántico por ingleses, franceses, portugueses y españoles, sus aventuras y desventuras, los conflictos que, a veces, enfrentaron a unos y otros. “De todo lo expuesto”, explicaba, “se debería concluir que el Atlántico fue atravesado por dos tipos de navegación: una dirigida al descubrimiento de nuevas tierras, otra apuntando a obtener de ello comercio y beneficios. Una navegación abría camino a la otra y a menudo la segunda se disfrazaba con los objetivos de la primera y viceversa”.

Varios de los trabajos aportados por el profesor de Rosa a los congresos que hemos citado tuvieron como gran protagonista a Nápoles.

En la cita científica lisboeta de 1998, de Rosa se ocupó del “Reino de Nápoles a fines del XVI: entre crecimiento y crisis”¹¹. Las guerras invitaron a Felipe II a intensificar la presión fiscal en Nápoles, pero “en una situación de malas cosechas y de aumento del costo de la vida no era posible incrementar la presión fiscal, y ya que se necesitaban fondos para sostener la guerra, el soberano creyó asegurárselos” a través de la privatización de propiedades del Estado, nuevos créditos, la reiteración de las prohibiciones de exportación de moneda, la regulación de la circulación

⁹ L. DE ROSA, “Tendenze economiche e commerciali nel Mediterraneo”, en VVAA, *El reino de Nápoles y la Monarquía de España*, pp. 249-265.

¹⁰ L. DE ROSA, “Navegación y tráfico atlántico a fines del siglo XV y comienzos del XVI”, en VVAA, *El Tratado de Tordesillas y su época*, Valladolid, 1995, II, pp. 891-911.

¹¹ VVAA, *Las sociedades ibéricas y el mar a fines del siglo XVI*, Madrid-Lisboa, 1998, III, pp. 323-342.

monetaria, el uso de letras de cambio y otros procedimientos. Todo ello mezclado con malas cosechas, cambios climáticos desfavorables, epidemias y errores en la política económica hizo difícil la situación después de 1598. La inserción en la política exterior de la Monarquía produjo en Nápoles, en suma, quebrantos económicos y a ello se añadieron conflictos sociales internos. Madrid no fue insensible ante las dificultades, y en noviembre de 1599, se ordenaba al Virrey que tuviera presentes “las causas de los disgustos que los súbditos de todo el Reino [tuviesen], sea por pagos fiscales, como por el alojamiento de soldados y más”.

La fisonomía política y social de la Nápoles del siglo XVI la dibuja, desde otra perspectiva, de Rosa en un trabajo de 1988: “Motines y rebeliones en el reino de Nápoles en el siglo XVI”¹².

La fase que discurre entre 1504 y 1534, “la más favorable y próspera”, conoció “formas de impaciencia y hostilidad” contra feudatarios de nuevo y viejo cuño, y “afectaron a casi todo el territorio del Reino”. La represión que siguió no resolvió los problemas y favoreció que la “clase feudal” empezara a integrarse en el gobierno virreinal. “Si las revelaciones citadas se encuentran”, concluye de Rosa, después de analizar las características de los movimientos, “en la compleja transformación política y económica que había interesado al Reino de Nápoles, otras rebeliones no menos graves, y también menos difusas, tuvieron como base motivos aparentemente diversos”.

La segunda fase del Virreinato español, según de Rosa, abarca los años 1535-1580. El “aumento de tributos, junto a la inflación consiguiente a la llegada de metales preciosos del Nuevo Mundo, contribuyó a acrecentar la tensión de los precios, y, más tarde, provocó el descontento de las clases menos favorecidas”. Los conflictos derivados de ello fueron muy diversos y de naturaleza también diversa: la rebelión de Fucillo, la de las comunidades valdenses en tierras de Calabria, los desórdenes de Martirano y San Severina y, en general, el espíritu de insurrección extendido al campo y a las ciudades de Calabria y otras partes.

La tercera etapa de la historia económica del Reino de Nápoles, a juicio del maestro de Rosa, se extiende de 1580 a 1623. “Obligado a enviar conspicuas contribuciones a España o a las sedes donde España estaba más empeñada desde el punto de vista militar y a hacer otro tanto a favor de la Iglesia, en Roma, con el fruto de las entradas por ésta poseídas en el Reino, así como a favor de genoveses, florentinos, venecianos...que poseían intereses en la región meridional, el país se encontraba financieramente cada vez más extenuado”. A ello, se agregó la fuga de la moneda metálica y la crisis financiera. Nada tenía de extraño, pues, que volvieran el malestar, las tensiones sociales y los motines. Protagonistas de ellos fueron las “bandas de forajidos”, con la complicidad, en ciertos casos, de las poblaciones locales, en muchos

¹² En L. M. ENCISO, A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, V. VÁZQUEZ DE PRADA, B. BENNASSAR, L. DE ROSA, F. RUIZ MARTÍN, G. PARKER, *Revoluciones y alzamientos en la España de Felipe II*, Valladolid, Cátedra Felipe II, col. Síntesis, VIII, 1988, pp. 97-116.

lugares del Reino, duramente reprimida por los virreyes conde de Olivares y conde de Miranda. Culminación de todas estas rebeliones y otra más fue “la conjura contra el gobierno español que fue descubierta el 10 de agosto de 1599 y que vio complicados, amén de Campanella, a nobles, obispos, cardenales, frailes, predicadores dominicos y, como informaron los delatores, «personas principales de muchas ciudades y tierras, con inteligencia de muchas corporaciones de una y otra provincia”.

En las Semanas de Historia Moderna de Valladolid, auspiciados por el Istituto Italiano per gli Studi Filosofici y la Universidad de Valladolid, Luigi de Rosa fue el gran animador y codirector, primero conmigo, y luego, durante casi una decena de años, con Luis Ribot, y aportó a ellas luminosos trabajos.

En el volumen sobre *Ciudad y mundo urbano en la época moderna* presentó una sugestiva ponencia sobre “Nápoles: una capital”¹³.

“El primer rasgo distintivo de la larga historia de Nápoles capital –desde fines del siglo XIII a 1860– es que se gobernaba un reino fundamentalmente pobre”¹⁴.

Después de analizar ese factor condicionante, de Rosa, se ocupa de la población del Reino. “Duplicada bajo el dominio aragonés, conoció un ritmo prácticamente igual bajo el dominio español, un notable crecimiento durante la ocupación austriaca (1707-1734), así como durante la primera parte del reino borbónico (1734-1798)”, una ligera flexión más tarde y un nuevo ascenso, hasta 1806, en que se alcanzó los 450.000 habitantes. Posteriormente, en la etapa de dominio francés, perdió más de 100.000 habitantes, y conoció después diversas oscilaciones, hasta alcanzar, en la etapa de la unificación, una cantidad semejante “a la de antes de la llegada de los franceses”. En todo caso, Nápoles capital fue “un ejemplo de elefantiasis demográfica, en relación con el resto del Reino u otros Estados italianos, y “una de las ciudades más populosas de Europa”¹⁵.

El urbanismo capitalino cambió bajo el virrey Pedro de Toledo. Para satisfacer la demanda de terrenos edificables y las exigencias estratégicas, se derribó parte de la muralla al norte y al oeste de la ciudad, pero, a causa de la prohibición de construir a extramuros, los espacios intramuros se llenaron de casas. Los tres espacios de mayor grandeza y apertura eran el “Mercado grande”, el Largo del Castello y la ampliación del sector norte de la muralla, articulado en torno a una gran plaza y, desde principios del XVII, del Palacio Real. Don Pedro favoreció la construcción de palacios de la nobleza, condicionada por un desenfrenado individualismo.

En el XVII proliferaron, en cambio, los arrabales, situados en el exterior de algunas de las puertas de la ciudad, y una serie de aldeas (*casali*), algunas de ellas auténticas ciudades, favorecidas por los virreyes.

¹³ L. DE ROSA, “Nápoles. Una capital”, en L. RIBOT-L. DE ROSA, *Ciudad y mundo urbano en la época moderna*, pp. 239-271.

¹⁴ L. DE ROSA, “Nápoles: una capital”, p. 239.

¹⁵ L. DE ROSA, “Nápoles: una capital”, pp. 240-243.

De Rosa dibuja, con particular esmero, la naturaleza y evolución de las puertas y torres de Nápoles, sometidos ambos a la presión demográfica, y sus famosos cinco castillos.

Las dos vías naturales de desarrollo urbano eran las colinas y la mar, sobre todo la mar, entraña de una ciudad esencialmente marinera. Núcleos principales de la costa y su mundo eran el puerto, cuyos cambios perfila de Rosa atendiendo sólo a aspectos esenciales, y el inquieto y fascinante panorama del “Mercado grande”, centro de actividades mercantiles y artesanales de la seda, la lana y otras. Entre el Mercado grande y el Muelle pequeño se alojaban los orfebres, protagonistas de un oficio de singular raigambre. El mundo artesanal se extendía al “descampado que se abría más allá del puerto el Largo del Castello, la Dársena y el Arsenal”¹⁶.

Otros espacios característicos de Nápoles capital, ágilmente descritos por de Rosa, eran los que giraban en torno a los tribunales, con sus “calles principales–inferior y superior– vínculo entre la zona norte y sur de la ciudad”.

La visión de la Nápoles capital se completa con una referencia al panorama social de la ciudad, tan rico y complejo, sus facciones políticas y su horizonte cultural e intelectual, nucleado en torno a la Universidad y el Palacio virreinal o, en su caso, los centros de poder y gobierno.

En fin, “Nápoles”, concluye de Rosa, “celebrada por sus bellezas paisajísticas y por sus tradiciones artísticas y culturales, fue honrada por ilustres visitantes”¹⁷.

Muestra de la versatilidad del profesor de Rosa para analizar temas napolitanos fue su trabajo “La industria meridional a partir del siglo XVIII”, presentado al Seminario vallisoletano relativo a *Industria y época moderna*¹⁸.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la actividad industrial de la Italia meridional, “que no estaba sólidamente asentada, atravesaba una etapa de debilidad”. Sobre esa base, se entienden los vaivenes y carencias de la industria del aceite, más próspera, y la del vino y la seda, claramente declinantes. Si los telares de Calabria y Campana producían pocas sedas, “tanto sencillas como de elevado precio”, la situación de la lana –Abruzzos, Campana, Pulla– no era más favorable. Resultados semejantes proporcionaron la industria algodonera y la elaboración del esparto y el lino, las ferreterías, las carrozas, los muebles, los vidrios, el papel, el hierro o el vestido. Las deficiencias tecnológicas y la falta de capitales explican este pobre panorama. Mejor suerte conocieron las porcelanas, impulsadas, como otros varios sectores productivos, por Carlos de Borbón y sus sucesores.

Desde la ocupación francesa la situación empeoró, ya que los ocupantes “tendieron a apartar de Francia el peligro industrial italiano” y a “hacer de Italia un mo-

¹⁶ L. DE ROSA, “Nápoles: una capital”, pp. 262-265.

¹⁷ L. DE ROSA, “Nápoles: una capital”, p. 269.

¹⁸ En L. RIBOT-L. DE ROSA, *Industria y época moderna*, Madrid, Actas-Istituto per gli Studi Filosofici, 2000, pp. 303-321.

nopolio industrial y comercial francés”. A pesar de todo, Napoleón se vio obligado a favorecer las industrias relacionadas con la guerra y también la lana y, más que otros productos, el algodón”.

Posteriormente, las tarifas aduaneras de 1818 facilitaron la importación de productos extranjeros, y suscitaron una crisis de las industrias, superada en 1823-24, gracias al aumento de los impuestos sobre las importaciones. Las fábricas algodoneras impulsadas por el capital suizo, conocieron, hasta 1848, una etapa de progresos. Las medidas proteccionistas favorecieron también, de momento, a la industria lanera, en buena medida dinamizada por capitales procedentes de la agricultura y el comercio y desarrollada en torno a dos sociedades: la Compañía Sbezia y la Sociedad Industrial Partenopea. Ambas estaban interesadas, asimismo en la sedería, la cola fuerte, la fabricación de azúcar de remolacha y la porcelana de Capodimonte. Con todo, la Partenopea, una de las empresas más importantes de Italia, alcanzó los mejores resultados en el sector textil.

La metalurgia recibió un gran impulso con la asociación del calabrés Gregorio Macry y la firma Zino and Henry. Las necesidades de la defensa y el inicio de los ferrocarriles propiciaron el avance de la industria metalúrgica. En vísperas de la unificación de Italia trabajaban casi 5.000 personas en el sector.

Renglones menores de la producción industrial de Nápoles y el Mezzogiorno correspondieron al papel, los curtidos, la loza, los instrumentos musicales y otros productos.

La industria meridional, salvo la regida por los suizos, entró en crisis después de la unificación, a causa de la competencia extranjera y de la industria del Norte de Italia, a la aplicación de la cláusula de nación más favorecida en varios tratados y al bandolerismo. Sin embargo, los talleres metalúrgicos capitaneados por Macry-Henry y Guppy y Pattison, la Sociedad Nacional de la Industria Metalmeccánica, y otras empresas, sobrevivieron.

El proteccionismo imperante en los años 80 permitió el efímero florecimiento de algunas industrias dedicadas a las armas. En conjunto, “entre 1876 y 1888, el número de empleados en la región meridional, con centro en Nápoles y Bari, pasó de 9.559 a 17.248 personas, ocupadas en talleres ferroviarios y metalúrgicos, curtidos, armas y la pequeña industria y la artesanía, focalizadas, sobre todo, en la alimentación, las tenerías, los sombreros, la ebanistería, la ropa y los complementos. Con todo, la distancia entre la industria del Norte y del Sur de Italia era enorme.

La “cuestión meridional”, polarizada en las deficiencias económicas y los problemas sociales, se hizo grave en el siglo XX, y si algo sirvió para remediarla fue la “Ley Especial para la Industrialización de Nápoles” (1904). La crisis económica de 1907-1908, las guerras balcánicas (1912-1913) y la Primera Guerra Mundial entenebrecieron el panorama. Sin embargo, los sectores siderúrgico, metalúrgico y textil crecieron con las guerras. Las dificultades volvieron en 1927, paliadas a duras pe-

nas mediante fusiones, concentraciones y, después de la crisis del 29, merced al “Instituto Mobiliario Italiano” (1931) y el “Instituto para la Reconstrucción Industrial” (1933). Tras las oscilaciones provocadas por la guerra de Etiopía, se elevó la tasa de desarrollo industrial en toda Italia, pero las preferencias no fueron “establecidas por el mercado, sino por el gobierno y la política de defensa”¹⁹.

De Rosa completa su sintético análisis de la evolución industrial del Sur de Italia refiriéndose a las medidas dictadas al acabar la Segunda Guerra Mundial para superar las devastaciones provocadas por la deflagración y a la situación posterior a la crisis del petróleo de 1973-1979. El horizonte seguía siendo complicado a finales del siglo XX, especialmente a causa de la amenaza inquietante del desempleo, la alta natalidad y la caída de la emigración. Las circunstancias expuestas, y otras, explican, como acertadamente sentencia de Rosa, que el “problema del desarrollo industrial sea cada vez más apremiante para la zona meridional de Italia”²⁰.

La tercera de las intervenciones de Luigi de Rosa en los Seminarios de Valladolid se centró en “Economía real y Hacienda Pública en el siglo XVI”²¹.

“El siglo XVI”, escribe de Rosa, “es el siglo de la Edad Moderna durante el cual la población del Reino de Nápoles creció a un ritmo superior al registrado en los siglos XVII y XVIII”. No sólo creció la población de la capital, ciudad y diócesis, que pasó de 250.000 (1505) a 327.961 (1595), sino también la de todo el Reino, cuyos habitantes pasaron de 1.778.888 (1505) a 3.628.501 (1595)”.

El incremento demográfico “creó problemas al sistema económico imperante”. Además de otros, los esenciales derivaron de la intensificación de los cultivos, acompañada de los conflictos entre pastores y colonos²². Estimulados por la presión alcista de los precios, feudatarios, arrendatarios y colonos se apoderaron de nuevas tierras, fenómeno legitimado por el gobierno. Pero el problema no cesó con ello, y hubieron de cederse nuevas propiedades, al tiempo que los ganaderos obtenían nuevos arriendos destinados a los rebaños y crecía la ganadería ovina. Fenómenos de parecida importancia fueron la aparición de un grupo social de arrendatarios, la aplicación del capital mercantil a la tierra, el absentismo de los grandes propietarios y la consolidación de los arrendatarios-propietarios. Al mercantilizarse el feudo se disolvieron algunos de los mayores patrimonios feudales, y surgió una nueva aristocracia derivada de la compra de feudos privados o pertenecientes a la Hacienda Pública.

Con todo ello, la agricultura mejoró, mejora que afectó, sobre todo, al trigo, el vino y el aceite. Otras facetas económicas pujantes en el período fueron el hierro, la

¹⁹ L. DE ROSA, “La industria meridional”, pp. 318-320.

²⁰ L. DE ROSA, “La industria meridional”, pp. 320-321.

²¹ “Economía real y Hacienda Pública en el Reino de Nápoles, en el siglo XVI”, en L. RIBOT-L. DE ROSA, *Pensamiento y política económica en la época moderna*, Madrid, Actas-Instituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2000, pp. 215-231.

²² L. DE ROSA, “Economía real y Hacienda Pública”, pp. 215-218.

plata y la orfebrería, las industrias textiles –lana, seda–, condicionadas por los reglamentos corporativos, y el capital de los mercaderes. Sector en desarrollo creciente fue también la construcción, impulsada, ante todo, por el virrey Pedro de Toledo, la Iglesia, la nobleza y las necesidades derivadas de los gastos de la guerra²³.

La actividad agrícola, industrial y militar”, concluye de Rosa, “alimentó y extrajo su fuerza del crecimiento demográfico”, y todos esos factores, y especialmente las guerras “en que el Reino de Nápoles se vio implicado, incentivaron una compleja actividad de créditos y finanzas”.

Hasta los años 30 del siglo XVI la situación del balance estatal no era desastrosa. Bajo Carlos V aumentaron los impuestos directos e indirectos, se vendieron cargos, tierras y ciudades de la Hacienda Pública susceptibles de ser enajenadas. En otras parcelas del Patrimonio del Estado se transfirieron sólo los derechos para nombrar funcionarios de Justicia y aumentar los impuestos sobre los fuegos y la sal.

El incremento de los gravámenes impositivos y la cesión de la recaudación de tributos a particulares, con el consiguiente aumento de la deuda pública, se hicieron más intensos entre 1544 y 1555. Los efectos de todo ello se reflejaron en la subida de los precios y tipos de interés, el fracaso de ciertos banqueros y el empeoramiento de la calidad de la moneda, neutralizado por compras costosas de metales preciosos en España y Génova, lo que suscitó nuevas deudas. El aumento de los impuestos y la ganancia de los préstamos se invirtieron en las guerras. A esto hay que añadir que grandes cantidades salían del Reino hacia Roma, Génova o Florencia, por las inversiones que la Iglesia o los eclesiásticos y muchos genoveses o florentinos, habían hecho en Nápoles.

Para hacer frente a la gravosa situación, se reconocieron los certificados de crédito del Monte de Piedad de Nápoles. El nuevo papel moneda permitió que se redujera el coste de la circulación monetaria, y se aseguró así una fuente de financiación. Además del Monte de Piedad, funcionaron, años después, otros bancos públicos, como el Hospital y el Orfanato de la Annunziata y otras cinco entidades de crédito más. ¿Era señal de progreso la circulación de la moneda de papel? En cierto grado, pero indicaba también que las exportaciones no podían neutralizar las crecientes salidas de dinero del Reino. Al déficit en las cuentas con el extranjero y al aumento de los precios acompañó, en fin, el agravamiento del bandidaje.

En los Seminarios de Valladolid de 1998 el maestro de Rosa²⁴ presentó una ponencia no exenta de originalidad: “Tipología y formas asociativas de trabajo en el Mezzogiorno italiano en la época moderna”.

Entre los autores interesados por la tipología laboral, el ilustre catedrático fallecido concede preferencia a dos: el abate Genovesi y Galanti. El primero hablaba de

²³ L. DE ROSA, “Economía Real y Hacienda Pública”, pp. 221-226.

²⁴ L. RIBOT- L. DE ROSA, *Trabajo y ocio en la época moderna*, Madrid, Actas-Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2001. La ponencia de L. DE ROSA se contiene en las páginas 181-215.

“trabajos productivos”, “trabajos visibles” y “trabajos socialmente inútiles”. Sólo un 25% de la población del Reino de Nápoles podía considerarse productiva y, dentro de él, cumplían una importante función con tareas más bien domésticas, las mujeres. Galanti polariza su atención, en especial, en los grupos o “clases” de la sociedad napolitana, y entre ellos, la nobleza –unas 1500 familias–, los feudatarios –unas 4.500 familias– y las personas ocupadas en los tribunales del Reino –unas 26.000–.

Los “profesiones que aseguraban mayor reconocimiento eran las de magistrado o abogado”, cuya tipología describe con claridad Galanti. Junto a ellos adquirieron especial notoriedad los médicos salidos de las escuelas de Nápoles o Salerno. Otros sectores analizados por Galanti eran los religiosos, los agricultores, los comerciantes y los artistas²⁵.

El trabajo de los agricultores, explica de Rosa, estaba muy condicionado por la compleja estructura del territorio. Prototipos característicos fueron, entre otros, mondadores y obreros del arroz, cultivadores y refinadores del cáñamo, cultivadores del algodón y criadores de búfalos. En las zonas de la llanura, el cultivo fundamental era el trigo, acompañado, con vistas a la exportación, por los otros tres pilares de la economía del Reino: el vino, el aceite y la seda.

Las labores para obtener los productos aludidos se llevaban a cabo en las *maserie*, gestionadas, a veces, por los dueños y, más frecuentemente, por un *massaro* o empresario agrícola que arrendaba la propiedad rural. En momentos de mayor presión demográfica –XVI, mediados del XVII y XVIII– aumentó la explotación de trigo, y se redujo la de cebada, avena o legumbres. El incremento productivo llevó consigo una ampliación de la superficie cultivada y el ensayo de la rotación trienal. La organización de las *masías*, y el rico muestrario de personal que en ellas trabajaba, el régimen de trabajo y salarios, son analizados con agudeza por de Rosa²⁶. Particular relevancia poseyeron los *tratte*, comerciantes dedicados a la exportación del trigo y el aceite, los comitentes –calificados por Villari de *aristocracia empeñada en el negocio agrario*–, los agentes o intermediarios y los medianos o pequeños propietarios. Páginas reveladoras dedica también el admirado de Rosa a los montes y bosques, al pastoreo y a instituciones tan importantes para la ganadería en el Mezzogiorno como la aduana de Foglia y, en los Abruzos, los *Regi Stucchi*²⁷.

En el Reino napolitano alcanzaron así mismo importancia los trabajos relacionados con la industria, entre los que cabe referirse a los realizados por personas que fabricaban objetos o instrumentos para sí mismos o su familia –ropa, vajillas, utensilios–, y los destinados a un mercado más o menos amplio, como tejidos de lana, gorros y calzas de lana, el papel, la tenería, la explotación minera o la elaboración de brea.

²⁵ L. DE ROSA, “Tipología y formas asociativas de trabajo...”, pp. 183-187.

²⁶ L. DE ROSA, “Tipología y formas asociativas de trabajo...”, pp. 188-194.

²⁷ L. DE ROSA, “Tipología y formas asociativas de trabajo...”, pp. 195-203.

Nada puede extrañar que un territorio volcado al mar concediera importancia al transporte naval, las flotas de cabotaje o gran tonelaje y los puertos, estos últimos debidamente conectados con los lugares de producción por rutas terrestres. En el polvorín y la dársena de la capital, como es sabido, trabajaban miles de operarios²⁸.

El aumento de la población de Nápoles capital y de otros lugares del Reino, en distintos momentos, empujó a la construcción de palacios, viviendas, castillos, iglesias, teatros y otros edificios, actividad en la que se emplearon múltiples brazos, más o menos cualificados. Entre los *Arti e Mestieri* de la ciudad de Nápoles cumplieron funciones de uso indispensable, con sus cohortes de propietarios o empleados de variopinta condición, la industria y el comercio de la alimentación, los artesanos de la platería y la orfebrería –tan famosos– el hierro, los platonos, la madera y la seda, los responsables de la moneda y los *fede di credito* o de los bancos públicos. Lugar no desdeñable ocupaban oficios menos considerados socialmente pero que contribuían decisivamente al fasto y al espectáculo: sastres, peluqueros, músicos, cantantes y la cuantiosa servidumbre vinculada a las casas o palacios de los poderosos. Cuatro corporaciones de “*arti e mestieri*”, entre las existentes, eran privilegiadas y tenían una compleja organización: la corporación de la seda, la de la lana, la de la imprenta y la de los orfebres. Pocos mundos, en suma, daban muestra de tan cálida, y a veces atormentada, condición humana como del trabajo reglamentado por las corporaciones, destinado a desaparecer a la llegada de la “revolución industrial”.

Un último testimonio de la participación de Luigi de Rosa en los Seminarios de Valladolid fue la conferencia pronunciada en 2001 sobre “La actividad en el puerto de Nápoles. Siglos XIV–XVIII”²⁹.

El puerto de Nápoles fue una invención del Medievo. “El desarrollo del puerto y el impulso que se dio a las construcciones navales y a la navegación de guerra y comercial”³⁰, condicionaron decisivamente la vida de la ciudad desde el siglo XIV. Tras un breve declive, Alfonso el Magnánimo estimuló a los particulares para que construyeran naves de mayor dimensión, empleó la flota real en actividades mercantiles y adoptó otras decisivas medidas. Aunque la flota napolitana seguía siendo inferior a la de Génova y Venecia, el tráfico de Nápoles con Barcelona, Valencia, los itinerarios adriáticos, Sicilia, Albania, Túnez y Alejandría, servido por naves y mercaderes napolitanos, subió mucho a fines del siglo XV.

¿Qué géneros se transportaban? Trigo, vinos, otros productos agrarios y materias primas. Núcleo central del sistema era la aduana de Nápoles, la más importante del Reino, importancia que explica la mejora de la nueva regulación del puerto y, a su vez, su funcionalidad a fines del Cuatrocientos. Pero ni la ciudad ni el puerto

²⁸ L. DE ROSA, “Tipología y formas asociativas de trabajo...”, pp. 205-207, pp. 208-214.

²⁹ L. DE ROSA, “La actividad en el puerto de Nápoles. Siglos XIV-XVIII”, en L. RIBOT-L. DE ROSA, *Naves, puertos e itinerarios marítimos en la época moderna*, Madrid, Actas- Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2003, pp. 305-318.

³⁰ L. DE ROSA, “La actividad del puerto de Nápoles...”, p. 306.

salieron indemnes, por ejemplo, del enfrentamiento con Carlos VIII de Francia. El virrey don Pedro de Toledo, años después, tuvo que reconstruir la muralla, afrontar la expansión urbanística y mejorar el puerto y el arsenal. A mediados del XVI, fundeaban en Nápoles, amenazado siempre por los turcos, 30 galeras y 10 grandes galeones, y la flota napolitana de guerra con base en el arsenal, en concreto, sumaba 14 galeras. En lo sucesivo, no faltaron los accidentes catastróficos y, aunque el puerto mejoró, sobre todo con el virrey Lemos, siguió siendo inseguro.

En el XVII, tras la erupción del Vesubio, en 1631, y un proceso de decadencia, en el que se llegó a pensar en convertir a Nápoles en escala franca, el puerto napolitano fue base de las galeras y galeones españoles, que suplían la falta de una marina de guerra napolitana, y siguió teniendo importancia comercial. A finales del XVII, el virrey marqués del Carpio dotó al puerto napolitano de muelles, rompeolas, almacenes y faro, aunque seguía necesitando defensas y ampliaciones.

Un sentido distinto a los seminarios de Valladolid tuvo el importante Congreso sobre *Spagna e Mezzogiorno d'Italia nell'Età della Transizione. Stato, Finanza ed Economia (1650-1760)*, celebrado en Nápoles y codirigido por Luigi de Rosa y Luis Miguel Enciso, y que asoció también a otros historiadores italianos y españoles, entre los que cabe recordar a A. Miguel Bernal, aquí presente.

“E’ questa età di transizione”, escribía de Rosa, “che é apparsa ai promotori di questo Convegno... terreno ancora inexplorado e certo ricco di interessanti scoperte. Queste Convegno ha inteso appunto ripercorrere gli sforzi compiuti sia del Mezzogiorno d’Italia che dall’Impero spagnolo per risalire la china lungo la quale erano entrambi precipitati; e per ritornare ad un più accettabile livello di condizioni civile di attività economica”³¹.

La ponencia del profesor de Rosa, versó, en concreto, sobre “L’Azienda e le Finanze di Napoli”³². En ella se analiza, primero, la reforma de 1649. “Come conseguenza della rivolta di Masaniello e per placare il malcontento popolare, nel 1649 infatti erano state non solo sopprese alcune esose ed insopportabili imposizioni, e quindi relativi appalti o locazioni, ma era stato anche abbandonato ai creditori il gettito, nonché la gestione di ben 44 imposte indirette... Quanto alle imposte indirette o tasse non comprese nell’elenco delle 44 mezzionate lo Stato provvedera direttamente al loro appalto, incamerando l’affeto che l’arrendotare si impegnava a corrispondere in base al contrato stipulato”.

Tras estudiar las características y consecuencias de la reforma, de Rosa prestó atención al modelo hacendístico de la guerra de Mesina. “Nella sua essenza il modello di finanza pubblica uscito dalla guerra di Mesina non si presentava diverso da quello fino allora in vigore, anche se contemplava un maggiore appesantimento del farde-

³¹ *Spagna e Mezzogiorno d’Italia nell’Età della Transición. Stato, Finanza ed Economia (1650-1750)*, p. 8.

³² En *Spagna e Mezzogiorno...*, pp. 127-148.

llo fiscal, un ulteriore indebitamento público, un cospicuo aumento di getito fiscale nelle mani di enti privati, e, per contro, una nuova e sensible riduzione delle entrate fiscales a disposizione del bilancio statale oltre che aumento delle spese militari e una nuova accentuada reducción de la spesa per esigenze civiles e infraestructurales”.

A esta reforma siguieron retoques en 1701-1702, 1707-1709 y 1713. “Dall’analyse svolta dal Di Vittorio”, observaba de Rosa, “resulta che, a volte, contenendo il disavanzo del bilancio, a volte accrescendolo, gli Austriaci riuscirono quasi a raddoppiare, nel corso della ocupazione del Regno, il volume delle entrate effettive e, mantenendo pressoché costanti le spese effettive, ottennero in generale di contenere considerevolmente l’indebitamento pubblico”.

Tras estudiar las consecuencias del nuevo sistema, el inolvidable de Rosa concluía: “Nella essenza il modello di finanza pubblica che gli Austraci trasmessero a Carlo di Borbone non era molto diverso da quello ricevuto dal governo vicereale spagnolo. E tuttavia ciò che distingueva l’un modello dall’altro era, a parte la crescita delle entrate, il minore indebitamento e la riduzione del disavanzo, la crezione del Banco di S. Carlo. Con il tentativo di restituere allo Stato l’intero potere fiscale, gli Austriaci lasciarono in eredità un problema con il quale i successivi governi avrebbero dovuto inevitabilmente fare i conti. In realtà, più che gli Austriaci, a spingere verso un nuovo modello fu Carlo di Borbone”.

Al inicio del nuevo milenio, en un Congreso sobre el nuevo milenio organizado en Madrid, de Rosa volvió a dar prueba, una vez más, de su curiosidad universal con una bella ponencia sobre “La Gran Ciudad ante el siglo XXI: el caso de Roma”³³.

Debo terminar. No sabría poner punto final a estas palabras sin evocar con emoción el último testimonio de colaboración del profesor Luigi de Rosa con los historiadores españoles: con la ponencia sobre “Los hombres de negocios napolitanos en la época de Isabel la Católica”, destinada al Congreso “El comercio europeo y los hombres de negocios en tiempos de Isabel la Católica” y todavía inédita.

Un sutil y entrañable “destino manifiesto” debió de empujar a Luigi de Rosa hacia España. Después de su brillante intervención en el Congreso, un súbito e inapelable *colpo di cuore* acabó con su vida. Murió como había vivido: con las botas puestas y la sonrisa, algo impaciente pero confiada, en el alma.

³³ *Año Mil, Año Dos mil. Dos milenios en la Historia de España*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, I, pp. 39-47.